

Repensar la economía dentro de los límites del planeta

Mateo Aguado Caso¹

Recibido: 1-10-2019 // Aprobado: 18-01-2021

Resumen. Ante el escenario de crisis socioecológica que hoy vivimos, el siglo xxi nos presenta un reto colosal: lograr acomodar de forma justa y pacífica el bienestar de la creciente población humana en un planeta de espacio ecológico limitado y de recursos naturales finitos. La ascendente insostenibilidad del actual modelo económico y del estilo de vida asociado al mismo está comenzando a chocar con los límites ecológicos de la Tierra, y cada vez queda menos tiempo para adoptar una respuesta global y coordinada que esté a la altura de tan extraordinario desafío. Durante los próximos años, los seres humanos deberemos ser capaces de superar la actual concepción consumista del bienestar humano y repensar la verdadera razón de ser de la economía en un planeta finito que está acotado por restricciones biofísicas infranqueables. Ha llegado la hora de aceptar el desafío de construir una vida buena para todas las personas que se desarrolle y florezca sin exceder los márgenes de seguridad del planeta. Nuestro futuro como especie en los albores del nuevo milenio de ello dependerá.

Palabras clave: crecimiento económico; consumo; bienestar humano; necesidades humanas; desigualdad de ingresos; sostenibilidad ecológica; justicia socioecológica; ecología política; decrecimiento.

[en] Rethinking the economy within planetary boundaries

Abstract. Under the current socio-ecological crisis, the 21st century presents us with a colossal challenge: to be able to accommodate in a fair and peaceful way the well-being of the growing human population in a planet of limited ecological space and finite natural resources. The rising unsustainability of the current economic model and the lifestyle associated with it is beginning to collide with the planetary boundaries, and we are running out of time to adopt a global and coordinated response that is up to such an extraordinary challenge. Over the next few years, human beings must be able to overcome the current consumerist conception of human well-being and rethink the true *raison d'être* of the economy on a finite planet that is bounded by impassable biophysical restrictions. The time has come to accept the challenge of building a good life for all within planetary boundaries. Our future as a species at the dawn of the new millennium will depend on it.

Keywords: economic growth; consumption; human well-being; human needs; income inequality; ecological sustainability; socio-ecological justice; political ecology; degrowth.

Sumario. 1. Introducción. 2. Desentrañando los vínculos entre el bienestar, los ingresos y el consumo. 3. El papel de la desigualdad económica en el bienestar humano. 4. Las raíces ecológico-distributivas de las desigualdades. 5. A modo de propuesta final: vivir bien con menos en un planeta finito. 6. Bibliografía.

Como citar: Aguado Caso, M. (2021). Repensar la economía dentro de los límites del planeta. *Polít. Soc. (Madr.)* 58(2), e65870. <https://dx.doi.org/10.5209/poso.65870>

1. Introducción

La globalización capitalista bajo la cual vivimos está favoreciendo el avance de una cosmovisión crematística de la vida asentada en unos estilos de vida cada vez más urbanos, consumistas e insostenibles (Gleeson, 2012; Grimm *et al.*, 2008). Este hecho, lejos de estar promoviendo comunidades más justas y prósperas, está consolidando una cultura del derroche y del despilfarro que está empujando a nuestra civilización hacia una crisis socioecológica sin precedentes, cuyo desenlace podría resultar dramático para nuestra especie y para la sostenibilidad ecológica del planeta (Aguado, 2017).

Sobre estos mimbres, el presente trabajo desarrolla un análisis crítico e interdisciplinar del sistema económico vigente tratando de cuestionar sus principales planteamientos y aseveraciones más extendidas; relacionadas, a grandes rasgos, con la idea de que el aumento de los ingresos y el consumo es la mejor forma de avanzar hacia una vida plena y hacia sociedades más prósperas e igualitarias. Como veremos en las líneas que siguen,

¹ Laboratorio de Socioecosistemas, Departamento de Ecología, Universidad Autónoma de Madrid (España)
E-mail: mateoaguado@gmail.com

esta perspectiva, además de estar llevándonos a un planeta cada vez más deteriorado ambientalmente, no está logrando ni aumentar el bienestar medio de las personas ni revertir el incremento de las desigualdades sociales existentes hoy en el mundo.

La estructura del presente artículo consta de cuatro grandes bloques. El primero de ellos se centra en analizar las relaciones complejas que existen entre los ingresos y el consumo, por un lado, y el bienestar y la satisfacción, por otro. En el segundo bloque se examinan, desde diferentes ópticas, los vínculos entre la desigualdad económica y el bienestar humano. El cuarto bloque aborda las desigualdades socioeconómicas desde un enfoque socioecológico, ahondando en las causas ecológico-distributivas de tales desigualdades. En el cuarto y último bloque se discute, a modo de conclusiones, sobre la necesidad urgente de repensar el actual modelo económico hacia nuevos paradigmas que estén centrados en el reparto de la riqueza, en el bienestar humano, en la justicia social y en la sostenibilidad ecológica.

La finalidad primordial de la economía de cualquier sociedad democrática ha de ser trabajar en beneficio del bienestar de sus habitantes (Helliwell *et al.*, 2015; Layard, 2005). Este noble objetivo, sin embargo, debe perseguirse sin alterar los procesos ecológicos esenciales que determinan el funcionamiento del Sistema Tierra, y sin dejar a nadie atrás (Graham *et al.*, 2019; Parrique *et al.*, 2019). Durante el próximo decenio la humanidad está llamada a entablar un debate ancho y abierto sobre el modelo económico que queremos seguir como sociedad. Para este debate será fundamental pensar y esbozar nuevos paradigmas económicos y civilizatorios que pongan en el centro de sus prioridades la sostenibilidad y la justicia, tratando de construir unos estilos de vida que alcancen altas cotas de bienestar humano sin exceder los límites ecológicos del planeta.

2. Desentrañando los vínculos entre el bienestar, los ingresos y el consumo

Bajo el positivismo de la economía convencional, durante las últimas décadas se ha extendido el convencimiento de que el aumento de la renta per cápita se traduce, por norma general, en mayores niveles de bienestar humano. Así, la creencia de que unos ingresos más altos se relacionan con una mayor calidad de vida es algo que, a día de hoy, está profundamente arraigado en el imaginario colectivo de las sociedades modernas.

Detrás de esta idea, numerosos Gobiernos a lo largo y ancho del planeta han situado durante el último siglo el crecimiento de la economía en el centro del debate político nacional, dando con ello por sentado que el aumento de la riqueza nacional permitirá, más temprano que tarde, alcanzar sociedades más prósperas y felices (Roberts *et al.*, 2015). Sin embargo, y tal y como analizaremos detenidamente a continuación, tras la relación *ingresos-bienestar* se esconde un enrevesado maridaje cuya comprensión profunda se vislumbra esencial para salir de la crisis de civilización en la que nos encontramos y avanzar en la construcción de un nuevo imaginario social más justo y sostenible.

2.1. La saturación monetaria del bienestar humano

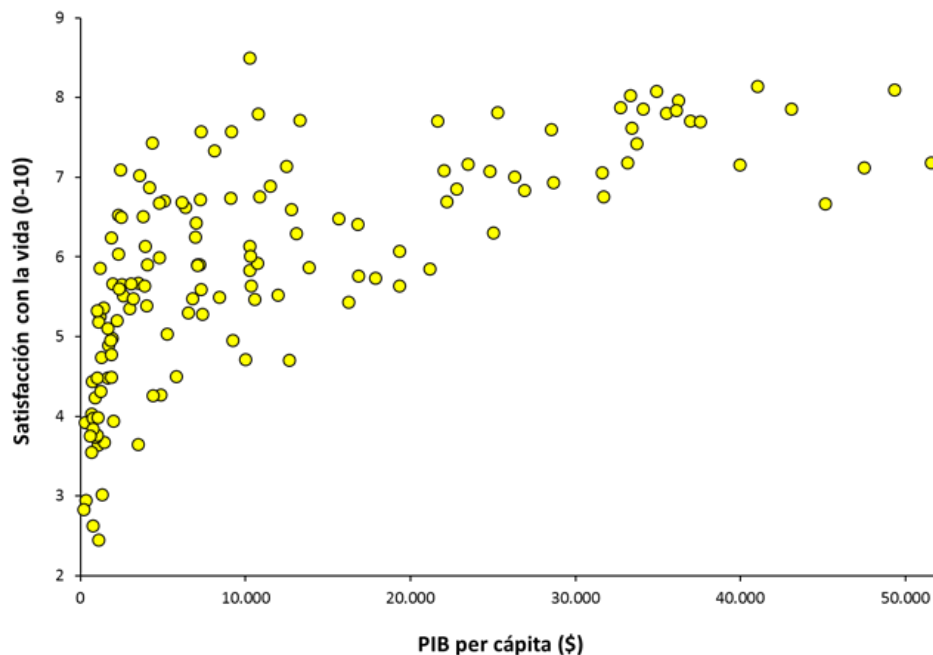
La relación entre los ingresos y el bienestar humano ha sido un tema ampliamente explorado desde hace ya varias décadas (ver, por ejemplo, Diener *et al.*, 2013; Easterlin, 1974, 1995, 2015; Easterlin *et al.*, 2010; Inglehart y Klingemann, 2000 o Veenhoven y Vergunst, 2014). Aunque a día de hoy resulta evidente la capacidad que tiene el dinero para mejorar la calidad de vida de las personas (y aún más en las sociedades mercantilistas en las que vivimos), aún existen profundos desacuerdos en la comunidad científica sobre el alcance y la magnitud que el incremento de los ingresos puede tener sobre el bienestar subjetivo.

Richard Easterlin, a mediados de los 70, fue el primer economista en cuestionar la relación de proporcionalidad existente entre los ingresos y el bienestar humano subjetivo. Tras comparar varios países entre sí, Easterlin (1974) propuso la existencia de una zona de *saturación monetaria del bienestar humano subjetivo* a partir de la cual el aumento de los ingresos medios de una sociedad ya no se relacionaba con el aumento de su satisfacción con la vida. Este fenómeno, conocido internacionalmente como la *paradoja de Easterlin*, ha suscitado desde entonces un amplísimo y enriquecedor debate científico que aún perdura hasta nuestros días: *¿son los ingresos y el consumo buenos instrumentos para aproximarse a la noción de bienestar humano? ¿Contribuye realmente el crecimiento de la economía a que las personas alcancemos una vida más satisfactoria?*

Tal y como sostienen los defensores de la hipótesis de Easterlin, la relación entre los ingresos y el bienestar subjetivo se revelaría proporcional únicamente para el caso de las sociedades menos adineradas, en las cuales la mayor parte de los ingresos familiares son destinados a la subsistencia humana a través de la cobertura de las necesidades fundamentales (Costanza *et al.*, 2009; Easterlin *et al.*, 2010; Inglehart y Klingemann, 2000). Según esta perspectiva, a partir de un determinado umbral de renta, situado aproximadamente entre los 10.000 y los 20.000 dólares anuales por persona, el aumento de los ingresos apenas contribuiría ya a incrementar significativamente el bienestar interior de las personas. De este umbral en adelante la relación de proporcionalidad entre los ingresos y la satisfacción con la vida desaparecería y

entraríamos en una zona de *saturación monetaria*, en donde apenas se lograrían aumentos significativos del bienestar subjetivo por mucho que continúen creciendo los ingresos medios (Aguado *et al.*, 2012) (Figura 1).

Figura 1. Relación entre los ingresos per cápita y la satisfacción subjetiva con la vida para 142 países



Fuente: elaboración propia a partir de los datos oficiales proporcionados por la CIA, el Banco Mundial y la encuesta mundial de Gallup.

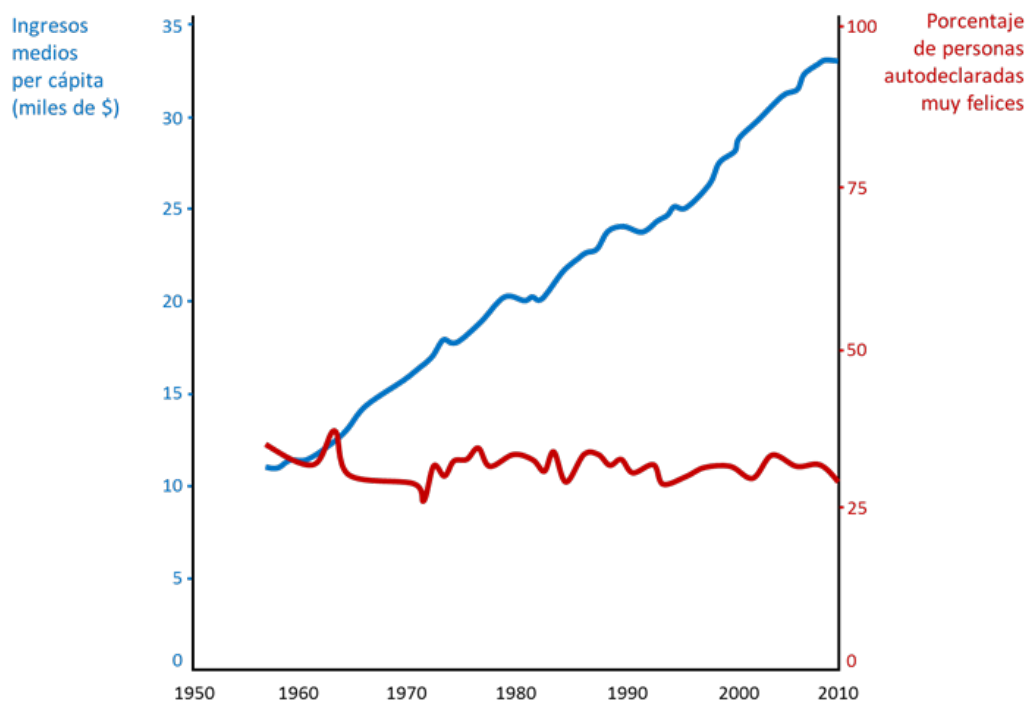
Cabe destacar, no obstante, que en los últimos años han aparecido estudios que cuestionan el cumplimiento de la *paradoja de Easterlin* al no encontrar evidencias sobre la existencia de un punto de saturación más allá del cual los países más ricos no experimenten nuevos aumentos de bienestar al incrementarse sus rentas medias (Hagerty y Veenhoven, 2003; Sacks *et al.*, 2012; Stevenson y Wolfers, 2008, 2013; Veenhoven y Vergunst, 2014). En esta línea cabe mencionar el trabajo de Diener *et al.* (2013), en el que fueron analizados los ingresos per cápita y el bienestar subjetivo de 135 países agrupados en dos bloques diferentes: un bloque para los países más pobres (con ingresos promedio inferiores a los 10.000 \$) y otro para los más ricos (con ingresos promedio iguales o superiores a los 10.000 \$). Los resultados de este estudio no mostraron diferencias significativas entre ambos grupos de países, lo que llevó a sus autores a concluir que, en contraposición a lo defendido por Easterlin, la relación de proporcionalidad entre la renta y la satisfacción con la vida podría mantenerse; no está limitada a las naciones más pobres. La discusión, por lo tanto, sigue sobre la mesa a día de hoy.

2.2. La relación ingresos-bienestar desde la perspectiva temporal

El debate existente en torno a la *paradoja de Easterlin* no solo ha estado ceñido durante los últimos años a los estudios transnacionales y estáticos (es decir, aquellos realizados para muchos países en un año determinado) (Figura 1), sino que también se ha trasladado al ámbito nacional mediante el estudio de series temporales de datos sobre el bienestar subjetivo y los ingresos.

Tal y como recogen los trabajos de Myers (2012), a pesar de que en EE. UU. el salario medio prácticamente se ha triplicado desde la década de 1950, la felicidad declarada por sus ciudadanos ha permanecido más o menos constante desde entonces (Figura 2). Estudios semejantes realizados en Europa, Australia, Japón y China han mostrado pautas muy similares, evidenciando que los enormes aumentos experimentados por estos países respecto a sus ingresos medios durante los últimos años no han tenido efectos significativos sobre el bienestar subjetivo medio de sus habitantes (Arnal *et al.*, 2008; Brockmann *et al.*, 2009; Cummins y Mead, 2008; Di Tella y MacCulloch, 2010; Diener y Biswas-Diener, 2002; Graham *et al.*, 2019; Pfaff y Hirata, 2011).

Figura 2. Evolución temporal de los ingresos medios *per cápita* (en miles de dólares estadounidenses) y del porcentaje de personas que se declaran como muy felices en EE. UU. entre 1957 y 2010



Fuente: modificado de Myers (2012) a partir de los datos oficiales del National Opinion Research Center y del Historical Statistics of the United States and Economic Indicators.

Todas estas tendencias temporales detectadas en la relación *ingresos-bienestar* para diversas naciones vendrían a respaldar, al fin y al cabo, los planteamientos defendidos por Easterlin y sus partidarios respecto a la limitada capacidad que el dinero tiene para poder incrementar el bienestar subjetivo de las personas una vez que las necesidades fundamentales han sido ya alcanzadas (Gardner y Assadourian, 2004; Linz *et al.*, 2007). Como sostiene Myers (2012), el enorme crecimiento económico experimentado durante las últimas décadas por los países más industrializados del mundo no parece haber proporcionado estímulos aparentes sobre el bienestar humano subjetivo. Más bien podría estar sucediendo todo lo contrario (Figura 2). Así, la carrera internacional en favor del crecimiento económico como un fin en sí mismo podría revelarse, a la larga, contraproducente para el bienestar humano, pues tal y como han señalado diversas investigaciones, podría asociarse –incluso– con mayores tasas de suicidios y de divorcios (Jungeilges y Kirchgässner, 2002), así como con un mayor número de problemas sociales vinculados a la depresión y a la desconfianza (Diener y Seligman, 2004).

No obstante, cabe destacar que también existen estudios dinámicos sobre el crecimiento económico y el bienestar subjetivo que apuntan en la dirección opuesta. Estos muestran una relación positiva y proporcional entre estas dos variables, de tal modo que en aquellos países en donde más crece la economía, más lo haría también el bienestar subjetivo promedio (Hagerty y Veenhoven, 2003; Sacks *et al.*, 2010, 2012, 2013; Stevenson y Wolfers, 2013; Veenhoven y Vergunst, 2014). El debate, por lo tanto, sigue estando abierto (Graham, 2011), y es de esperar que durante los próximos años aparezcan nuevas investigaciones que arrojen luz sobre este asunto.

2.3. La saciedad material de la satisfacción con el consumo

En una línea muy similar a la formulada por Easterlin, existen trabajos recientes que han investigado los vínculos entre el enriquecimiento y el bienestar subjetivo desde una perspectiva psicológica y material, a través de la relación existente entre el consumo de materiales y la satisfacción que dicho consumo produce sobre las personas.

Los resultados más llamativos a este respecto fueron los proporcionados por las investigaciones del Instituto Ambiental de Estocolmo, según las cuales la relación *consumo-satisfacción* no es siempre lineal, sino que, más bien, tiende a adoptar la forma de una campana de Gauss (esto es, la forma de una “U” invertida) (Bäckstrand y Ingelstam, 2006). De este modo, en un primer momento la relación entre el consumo y la satisfacción se asemeja a una relación de proporcionalidad directa, de tal forma que el crecimiento inicial en el consumo de bienes materiales se traduce en un aumento significativo y proporcional de la satisfacción personal. Esto probablemente se deba a que los bienes consumidos durante esta primera fase responden, en gran medida, a artículos de primer orden que cubren las necesidades más básicas y fundamentales de las personas (*consumo necesario*) (Aguado *et al.*, 2012). Sin embargo, esta relación de proporcionalidad directa tiende a suavizarse

a medida que el consumo continúa, hasta alcanzar un punto en el que desaparece (*suficiente*). De aquí en adelante la relación de proporcionalidad se torna inversa, y más consumo ya no significa más satisfacción sino al contrario: los nuevos bienes y artefactos adquiridos resultan cada vez más insustanciales, hasta el punto de tornarse contraproducentes (*consumo innecesario*) (Bäckstrand y Ingelstam, 2006).

Las causas de este comportamiento inversamente proporcional entre el consumo y la satisfacción han sido analizadas por diversos investigadores. Graham y Pettinato (2002) detectaron que la satisfacción con la vida de ciertas personas puede tender a menguar aun cuando sus ingresos y posesiones materiales conserven una tendencia ascendente. Esto, según los autores, sería debido a que las aspiraciones de las personas de altos ingresos y elevadas posesiones materiales tienden a aumentar aún más rápidamente que sus propios ingresos; un hecho que condenaría a este tipo de personas a vivir en un *bucle de frustración constante* (Graham y Pettinato, 2002).

De esta forma, parece que mientras que disponer de más dinero puede contribuir a hacernos más felices en el corto plazo, la capacidad humana para adaptarse a nuevas situaciones hace que las personas nos aclimatemos rápidamente a las circunstancias favorables relacionadas con mayores ingresos y, así, con el paso del tiempo, tendemos a volver a nuestro nivel anterior de *felicidad* (Brickman y Campbell, 1971). Además, tal y como señalan Quoidbach *et al.* (2010), haber experimentado el lujo suele disminuir nuestra percepción de disfrute ante los placeres sencillos de la vida (placeres que son, tal y como afirmaba Epicuro de Samos hace más de 2.200 años, las sensaciones humanas que más capacidad tiene de contribuir positivamente a una *vida buena* y satisfactoria; Epicuro, 1974) (Diener y Oishi, 2000).

Según sostienen Roberts *et al.* (2015), en el contexto cultural de Occidente, las personas que centran sus aspiraciones vitales en objetivos extrínsecos (como el éxito financiero o el reconocimiento social) suelen reportar menores niveles de *felicidad* y de relaciones interpersonales y mayores niveles de depresión y ansiedad que aquellas personas que se centran en los objetivos intrínsecos de la vida (como la afiliación, la autoaceptación y el sentimiento de comunidad) (Carlisle *et al.*, 2009; Eckersley, 2004; Kasser *et al.*, 2004; Kasser y Ryan, 1993, 1996, 2001; Nickerson *et al.*, 2003).

Por tanto, y de forma similar a lo que se desprende de la *paradoja de Easterlin*, parece que una vez que han sido resueltas las necesidades fundamentales de la vida, proseguir con los hábitos de consumo contribuye a nuestro bienestar solo hasta un determinado punto: el denominado por Bäckstrand e Ingelstam (2006) como *suficiente*. Superado este, la insatisfacción comienza a ganar terreno y el despilfarro del sobreconsumo ya no contribuye al aumento de la satisfacción ni del bienestar sino todo lo contrario. En palabras de Jackson *et al.* (2004), el problema del consumo surge cuando este se realiza de forma irracional e innecesaria, más allá de lo razonable, fomentando la *sociedad de la insaciabilidad*, en donde no se distingue entre aquello que es necesario y aquello que no lo es.

2.4. La insatisfacción humana como motor de la economía capitalista

Si bien es cierto que el consumo de ciertos bienes y servicios puede cubrir varias de nuestras necesidades más básicas y elementales, el actual sistema económico ha conseguido transformar nuestra concepción de *necesidad*, empujándonos a creer que requerimos de un consumo constante de nuevos objetos para alcanzar una vida de calidad (Aguado y Riechmann, 2013). La constante renovación tecnológica que actualmente vivimos alimenta fuertemente esta percepción, alentándonos a contemplar como necesarios artefactos y hábitos que surgieron como superfluos y que, originariamente, solo eran accesibles para una pequeña minoría (Sempere, 2009). De este modo es como el capitalismo ha logrado instaurar en el imaginario social dominante una concepción ilimitada de las necesidades humanas (Aguado y Riechmann, 2013).

Sin embargo, esta maniobra, como alerta Riechmann (2011), es censurable tanto desde el punto de vista ecológico como desde el punto de vista moral, pues basa su funcionamiento en la generación constante de insatisfacción humana. Esta estrategia se basaría así en reconocer que una sociedad instalada en la insatisfacción —que busca continuamente aumentar su felicidad mediante la adquisición frecuente de nuevos artefactos— es una sociedad mucho más efectiva para el crecimiento de la economía que una sociedad plenamente satisfecha. Como sostiene González Faus (2010), nuestro actual sistema económico probablemente no podría funcionar sin un bienestar conceptualmente asociado a los comportamientos consumistas.

Estamos así atrapados en la dinámica perversa de una civilización que *si no crece no funciona, y si crece destruye las bases naturales que la hacen posible* (MUL, 2014). Frenar esta lógica mediante la construcción de un nuevo paradigma económico cimentado en la justicia social y en la sostenibilidad ecológica se vislumbra esencial para poder afrontar los grandes desafíos del nuevo milenio.

2.5. Cuestionando la lógica del crecimiento y el consumo

A pesar de que los hallazgos encontrados hasta la fecha en una y otra dirección invitan a la prudencia respecto a la relación existente entre los ingresos y el bienestar humano, sí que parece existir un consenso académico bastante razonable acerca del alcance que dicha relación tiene.

Si bien es cierto que, de forma general, existe una clara correlación entre los ingresos y el bienestar humano subjetivo, parece evidente también que tal relación tiende, cuanto menos, a diluirse a medida que los ingresos medios se van incrementando. De esta manera, la contribución de la renta a la satisfacción con la vida tendría un efecto mucho mayor en los países más pobres, pues en ellos un aumento medio de los ingresos equivale a que un mayor número de personas puedan satisfacer sus necesidades básicas, saliendo así de situaciones indeseadas relacionadas muchas veces con la pobreza y la hambruna. Este hecho, como veremos más adelante, pone de manifiesto la importancia que tiene el reparto de la riqueza para el bienestar global de la humanidad, pues, como hemos visto, la capacidad que poseen los ingresos para mejorar el bienestar humano es mayor cuando estos se dirigen hacia aquellos sectores que menos tienen.

Resulta evidente, por tanto, que incrementos salariales moderados acontecidos en sociedades pobres acarreen un alto rendimiento en términos de consumo de calorías, agua, ropa, vivienda y atención médica; cuestiones todas ellas que, según anota Inglehart (1997), se traducen –como es lógico– en una mayor esperanza y calidad de vida. Sin embargo, una vez que una sociedad ha alcanzado un cierto umbral de suficiencia económica (la necesaria para garantizar el acceso del grueso de su población a las necesidades básicas), parece que el crecimiento de las rentas conlleva beneficios más o menos pequeños (a veces inapreciables) sobre el bienestar subjetivo de las personas. Esto probablemente se deba a que el aumento de los ingresos en las sociedades más ricas no afecta a la satisfacción de las necesidades básicas (que están ya cubiertas) sino que, por el contrario, suele significar una mayor adquisición de bienes superfluos; bienes que no resultan en un aumento real del bienestar, sino que tan solo proporcionan, por lo general, breves estados de placer pasajero (Diener *et al.*, 2013).

En consecuencia, perseguir obstinadamente el aumento de la renta y del consumo –en el plano micro– y el crecimiento de la economía –en el plano macro– es algo que puede llegar a ser contraproducente a largo plazo, pues tal comportamiento, sin llegar siquiera a traducirse –como hemos visto– en mejoras sustanciales para el bienestar, supone un aumento de nuestra presión global sobre los ecosistemas del planeta. Ello incrementa, en último término, el riesgo de sobrepasar los umbrales planetarios de seguridad de algunos parámetros clave para el correcto funcionamiento de la biosfera (Rockström *et al.*, 2009). Fenómenos como el cambio climático, la pérdida de biodiversidad, la alteración de los ciclos biogeoquímicos o la contaminación dan buena cuenta de ello (Aguado, 2017; Barnosky *et al.*, 2012; Díaz *et al.*, 2019; Steffen *et al.*, 2015b; Zalasiewicz *et al.*, 2016).

De este modo, y según han identificado numerosos trabajos científicos, cuando *lo fundamental* está ya cubierto, la principal fuente de bienestar no parece hallarse tanto en el incremento de los ingresos o en la adquisición de más bienes materiales como en el mantenimiento de una vida relajada y ociosa basada en las buenas relaciones sociales (Aaker *et al.*, 2011; Knabe *et al.*, 2010; Menec, 2003; Schilling y Wahl, 2002) y en el disfrute armonioso de la naturaleza (Bratman *et al.*, 2019; Nisbet *et al.*, 2011; Sandifer *et al.*, 2015). Tal y como sentencia Inglehart (1997), cuando el umbral de las necesidades más básicas ha sido ya alcanzado, una estrategia racional para el ser humano sería colocar mayor énfasis en el cuidado de una vida de calidad en lugar de continuar por la dañina senda del crecimiento económico como si este fuese un fin en sí mismo.

3. El papel de la desigualdad económica en el bienestar humano

La mayoría de los estudios realizados hasta la fecha sobre la desigualdad salarial y el bienestar subjetivo han detectado una relación negativa entre ambas variables, de manera que a medida que aumenta la primera, la segunda tiende a descender (Blanchflower y Oswald, 2003; Ferrer-i-Carbonell y Ramos, 2014; Hagerty, 2000; Oishi *et al.*, 2011). En este sentido apunta el conocido trabajo de Alesina, Di Tella y MacCulloch (2004), en el cual, tras ser analizadas más de 123.000 respuestas sobre la felicidad en 12 países europeos durante el periodo 1975-1992, se encontró que los individuos tienen una menor tendencia a reconocerse como felices cuando la desigualdad que les rodea es alta.

Resultados muy similares fueron obtenidos por Oishi *et al.* (2011) al analizar los datos de la General Social Survey para EE. UU. entre los años 1972 y 2008. Según mostró este estudio, los ciudadanos estadounidenses se declararon en promedio más felices en la década de los 70 del pasado siglo que en los años 2000. La explicación que los autores encontraron a esto fue que, en aquella década, la desigualdad de ingresos en EE. UU. era mucho menor que durante el primer decenio del siglo xxi.

Aunque la mayoría de las investigaciones realizadas hasta la fecha han revelado una relación directa entre el aumento de la desigualdad y el descenso del bienestar humano subjetivo, conviene resaltar que también existen estudios que apuntan en la dirección opuesta. Tal sería el caso del trabajo realizado por Rözer y Kraaykamp (2013) en el que se encontró una relación positiva entre estas dos variables, de modo que las personas que vivían en los países más desiguales tendieron a reportar mayores niveles de satisfacción con la vida. Existen también estudios que, por su parte, no han encontrado relación alguna –ni positiva ni negativa– entre el bienestar subjetivo y la desigualdad de ingresos (ver, por ejemplo, Berg y Veenhoven, 2010 o Fahey y Smyth, 2004).

3.1. Igualdad y bienestar: dos caras de una misma moneda

Según investigaciones recientes, la relación entre la igualdad salarial y la calidad de vida no solo existiría en el ámbito subjetivo del bienestar, como hemos visto, sino también en el objetivo. Así lo evidencia el trabajo desa-

rollado por Wilkinson *et al.* (2014), en el cual se encontraron correlaciones significativas entre la desigualdad de ingresos y numerosos aspectos objetivos del bienestar como la esperanza de vida, la salud, la educación, la mortalidad infantil, la incidencia de enfermedades mentales, el consumo de drogas, la tasa de obesidad y sobrepeso, el número de homicidios o los problemas sociales (variables todas ellas que presentaron peores valores en aquellos lugares en donde mayor era la desigualdad salarial media).

En esta misma línea, investigaciones recientes desarrolladas por la OCDE (Cingano, 2014; OCDE, 2014) han puesto de manifiesto cómo la desigualdad monetaria podría tener efectos negativos incluso sobre la propia esfera económica, de modo que a medida que aumenta la desigualdad de renta, el crecimiento económico tendería a descender. Es por ello que, tal y como sostienen Easterly (2002) y Fields y Yoo (2000), los países con menor desigualdad salarial interna suelen presentar, por norma general, desarrollos económicos más rápidos y de mayor calidad que aquellos que presentan mayores desigualdades.

Todos estos hallazgos constatan, en definitiva, que las sociedades más igualitarias (es decir, las que tienen una menor brecha salarial entre ricos y pobres) presentan contextos sociales más apropiados para estimular el libre florecimiento personal de sus habitantes. Como sostienen Tay y Deiner (2011), el bienestar colectivo contribuye positivamente al bienestar individual, de modo que una persona que tenga cubiertos sus requerimientos básicos tenderá a vivir más satisfecha con su vida en aquellas sociedades en donde las necesidades fundamentales de los demás estén también cubiertas.

La justicia social y el bienestar humano serían de este modo dos cuestiones íntimamente relacionadas que sin duda deberían ir ganando relevancia en las agendas políticas internacionales, pues defender hoy un mundo con mayor bienestar global pasa expresamente por defender un mundo más equitativo en donde las brechas monetarias tiendan a reducirse (tanto intra como internacionalmente).

3.2. Los prejuicios *bienestaristas* de la comparación social

Como han puesto de manifiesto Oishi *et al.* (2011), la relación negativa que se establece entre la desigualdad de ingresos y el bienestar subjetivo se sustenta, fundamentalmente, en la sensación de injusticia percibida por los encuestados de menores ingresos. Estos serían más susceptibles de experimentar sentimientos negativos al comparar su nivel económico y material con el de aquellos cuyo poder adquisitivo se sitúa por encima del suyo. Esto, como han revelado recientemente numerosas investigaciones psicosociales, se debe a la costumbre que tienen los seres humanos de compararse siempre con su entorno social más inmediato, preocupándose así en exceso por la posición relativa que ocupan respecto a los demás (Alpizar *et al.*, 2005; Ball y Chernova, 2008; Frank y Sunstein, 2001; Luttmer, 2005).

Este hecho, conocido internacionalmente como la *teoría de la privación relativa* (Walker y Pettigrew, 1984), vendría a sostener que la satisfacción que las personas obtienen de sus ingresos y posesiones materiales no es una noción absoluta que pueda ser entendida aisladamente, sino que, más bien, se trata de un término relativo que dependerá de lo que veamos a nuestro alrededor; es decir, de dónde nos coloquemos a nosotros mismos en relación con los demás dentro de nuestro entorno social más próximo (D'Ambrosio y Frick, 2007). De esta forma, la influencia de los ingresos sobre el bienestar subjetivo en una sociedad dada tiene más que ver por lo general con cómo se reparten dichos ingresos que con su valor medio absoluto. Así, la evaluación de los *ingresos relativos* (es decir, la estimación de nuestros ingresos en comparación con los ingresos de los demás) parece ser más importante que los propios ingresos absolutos medios a la hora de generar bienestar humano entre los habitantes de un país determinado (D'Ambrosio y Frick, 2007). Además, como han detectado diversas investigaciones, los contextos sociales caracterizados por altas cotas de desigualdad podrían contribuir significativamente a generar ansiedad entre los ciudadanos y a deteriorar el capital social, favoreciendo la aparición de conductas envidiosas, desconfiadas y antisociales (Masferrer i Dodas, 2010).

Reducir las desigualdades inter e intranacionales en pleno siglo xxi se dibuja crucial para mejorar el bienestar global de un mundo en el que el modelo capitalista está convirtiendo el individualismo, el consumismo y la competición en firmes convicciones sociales al servicio del crecimiento económico. En palabras de Riechmann (2008), para que seamos capaces de construir una civilización más sostenible y feliz será imprescindible reducir las desigualdades sociales que estimulan la competitividad y el consumo extremo.

3.3. La cuestión fundamental del reparto

La igualdad constituye uno de los fundamentos normativos básicos de cualquier sistema democrático. Si, como hemos visto, estimular la igualdad socioeconómica procura beneficios sobre la calidad de vida global, parecería lógico pensar, entonces, que el reparto y la redistribución de la riqueza debería ser algo prioritario para cualquier Gobierno que realmente se preocupe por el bienestar de su pueblo. Una sociedad interesada en maximizar sus cotas de bienestar humano debería ser, por tanto, una sociedad centrada en rebajar al mínimo sus niveles de desigualdad.

Es importante comprender, además, que el crecimiento de los ingresos medios de un país dado no tiene por qué repercutir en mejoras reales del bienestar medio de sus habitantes, pues este crecimiento económico podría ser malgastado por Gobiernos ineficientes y corruptos o, sencillamente, ser acaparado por los más ri-

cos. Los promedios, por tanto, pueden ocultar enormes disparidades internas que podrían llegar a enmascarar situaciones graves de injusticia y desigualdad social. Así, por ejemplo, cuando el sector más rico de un país es el que acapara la mayor parte del crecimiento económico nacional, el aumento de los ingresos medios puede convertirse en un indicador muy engañoso, pues dicho aumento no se estaría traduciendo en un mayor bienestar ciudadano (a través, por ejemplo, del desarrollo estatal de mejores políticas sociales) sino que, en realidad, conllevaría una mayor desigualdad económica (desigualdad que, a su vez, y como hemos visto, contribuiría a deteriorar el bienestar subjetivo medio del país). Este hecho nos lleva a pensar que las causas reales de la desigualdad son en realidad políticas; están fundamentalmente relacionadas con el grado de influencia política que las *clases capitalistas* tienen sobre los Estados, de modo que cuanto mayor sea esta influencia, mayor tenderá a ser la desigualdad social (Navarro, 2007; Navarro y Shi, 2001).

Resulta clave reconocer, por consiguiente, que el dinero extra tiene gran capacidad para aumentar la *felicidad* de las personas cuando actúa sobre una base de ingresos baja (Cummins, 2006). Sin embargo, a medida que la base salarial aumenta, la capacidad del dinero extra para incrementar el bienestar disminuye. Así, un aumento de 1.000 \$ de salario anual (por ejemplo) contribuye mucho más al bienestar de una familia pobre que al de una rica (Daly y Cobb, 1989; Myers, 2012). De esta manera, y según señala Layard (2005: 61), la riqueza adicional les resulta siempre más indiferente a los ricos que a los pobres: “Si el dinero de una persona más rica pasara a una persona más pobre, esta obtendría una felicidad mayor de la que perdería el rico, y la felicidad media del país aumentaría”. Por tanto, se podría concluir que la *felicidad* media de un país (y del mundo entero) tenderá a ser mayor cuanto más repartida esté su riqueza.

3.4. El relato político de la injusticia desde la noción de la violencia estructural

Como recientemente ha puesto de manifiesto el economista Thomas Piketty a través de su *best-seller* internacional *El capital en el siglo XXI*, los engranajes del libre mercado han tendido a concentrar durante el último siglo la riqueza mundial en torno a un reducido número de bolsillos, impulsando con ello un crecimiento de la desigualdad global como nunca antes se había visto (Piketty, 2014). Este fenómeno ha provocado que, a día de hoy, las 62 personas más ricas del mundo posean una fortuna equivalente a la riqueza acumulada del 50% más pobre de toda la población mundial (unos 3.600 millones de personas) (Hardoon *et al.*, 2016). No sorprende en este sentido que las mayores empresas transnacionales del mundo acumulen ya tanta o más riqueza que todos los Estados nación juntos (Anderson, 2008; Sánchez, 2008). Según ha calculado la ONG Oxfam Intermón, aplicando una tasa de tan solo el 1,5% a este pequeño grupo de millonarios, se podría recaudar una suma de dinero que, debidamente invertida en atención sanitaria, equivaldría a salvar 22,8 millones de vidas humanas en los 49 países más pobres del mundo (Seery y Arendar, 2014).

Estos datos nos dan una idea del modelo civilizatorio bajo el cual vivimos; un modelo que, promovido fundamentalmente por los *lobbies* capitalistas de los países ricos, ha ejercido una *violencia estructural* encubierta y premeditada contra buena parte de la humanidad (así como contra los ecosistemas de cuyo funcionamiento depende, en última instancia, nuestra supervivencia y bienestar) (Aguado, 2015).

Popularizado por el sociólogo y matemático noruego Johan Galtung, el término de *violencia estructural* (o violencia institucional) se refiere a aquel tipo de violencia que, siendo infringida de forma difusa e indirecta por las estructuras dominantes de *poder*, tiene efectos negativos sobre las oportunidades de supervivencia, bienestar y libertad de otras personas o grupos sociales (Galtung, 1969). Por lo tanto, este tipo de violencia, directamente relacionada con la privación de las necesidades humanas más básicas, se relacionaría con las nociones clásicas de injusticia, desigualdad, inequidad, pobreza y exclusión social (La Parra y Tortosa, 2003).

Lo interesante del concepto de *violencia estructural* es que introduce una carga valorativa clave que empuja el debate sobre la (in)justicia a la arena semántica del *poder*, dificultando con ello que las estructuras vencedoras, responsables de impulsar situaciones de penuria y dolor, puedan articular mecanismos que permitan su legitimación (La Parra y Tortosa, 2003). Abordar la insatisfacción de las necesidades humanas a escala mundial desde el prisma de la *violencia estructural* tiene así una clara utilidad política que puede ayudar a construir relatos *contrahegemónicos* orientados a disputar el sentido del *poder* en una sociedad capitalista cada día más globalizada y voraz (Aguado, 2015).

4. Las raíces ecológico-distributivas de las desigualdades

Como es sabido, la mayor parte de las políticas neoliberales que rigen el mundo occidental se basan en la asunción de que la libertad financiera y el crecimiento de la economía constituyen el motor principal del progreso social. Sin embargo, y como hemos visto, tras varias décadas de ensayo, la persecución internacional de esta asunción (no demostrada científicamente), lejos de haber logrado un mundo con más bienestar global, está conduciéndonos a un inquietante escenario planetario de desigualdades sociales crecientes (Coburn, 2000, 2004; Navarro y Shi, 2001; Oishi *et al.*, 2011; Piketty, 2014; Wilkinson *et al.*, 2014) y de crisis ecológicas sin precedentes (Barnosky *et al.*, 2012; Parrique *et al.*, 2019; Rockström *et al.*, 2009; Steffen *et al.*, 2015a; Turner, 2014).

No sorprende que estos dos aspectos (la degradación antropogénica de los ecosistemas del planeta y el aumento global de las desigualdades entre ricos y pobres) hayan sido identificados por diversos trabajos científicos como las dos causas más probables a través de las cuales la civilización moderna podría llegar a colapsar en las próximas décadas (Ehrlich y Ehrlich, 2013; Motesharrei *et al.*, 2014; Steffen *et al.*, 2018). Si reconocemos que la actual crisis ecológico-social en la que vivimos es, esencialmente, el resultado de la insostenibilidad del actual modelo económico (así como del estilo de vida asociado al mismo), parece lógico aceptar, entonces, que serán necesarios cambios profundos en dicho modelo si pretendemos aspirar a construir un mundo más justo y sostenible.

Para lograr dar solución a los grandes problemas de pobreza y desigualdad existentes hoy en nuestro planeta, será necesario entender que tales problemas no son, en realidad, un asunto de índole monetaria sino socioecológica, pues reposan, en el fondo, sobre una realidad biofísica relacionada con un desigual reparto de los recursos naturales del planeta (Schreckenber y Mace, 2018). El problema surge, como señala Novo (2003), cuando aquellos que gobiernan las economías mundiales imponen la racionalidad económica sobre la racionalidad ecológica. Es por ello que aspirar a una sociedad global en la que todas las personas tengan acceso a una *vida buena* que transcurra dentro de los límites ecológicos de nuestro planeta es una tarea eminentemente política, cuyo cometido pasa necesariamente por repensar nuestro modelo económico.

4.1. ¿Somos demasiados seres humanos sobre el planeta Tierra?

Uno de los argumentos que con mayor frecuencia suele emplearse para analizar las causas de la crisis socioecológica que padecemos es aquel que pone el foco de atención en el crecimiento exponencial de la población humana. Según esta perspectiva, buena parte de los problemas sociales (pobreza, hambrunas, desigualdad) y ambientales (cambio climático, contaminación, sobreexplotación de recursos, etc.) de nuestro tiempo podrían solventarse mediante medidas de control demográfico. *Somos demasiados*, se suele decir, y, fruto de ello, *no alcanza para todos*.

Esta lectura, lejos de ser errada (realmente somos muchos seres humanos sobre la Tierra), no es del todo completa, pues elude una parte importante de la ecuación: al menos tan importante como el *cuántos somos* es el *cómo somos* (es decir, el cómo vivimos). Así, ante la frecuente pregunta de *cuántos seres humanos caben en nuestro planeta*, la respuesta lógica es *depende*. Si todos viviésemos como el ciudadano medio de Haití, por ejemplo, la *biocapacidad*² actual del planeta podría albergar a más de tres veces la población que a día de hoy tiene el mundo, es decir a unos 22.000 millones de personas. Si por el contrario aspiramos a que todos los seres humanos vivamos como se vive actualmente en EE. UU., la cifra límite que podría albergar la Tierra sin exceder sus límites biofísicos sería aproximadamente de 1.800 millones de personas (una cuarta parte de la población mundial actual).

Por lo tanto, parece claro que las actuales pautas de consumo de las sociedades modernas de Occidente no son *universalizables* en un planeta de *biocapacidad* finita (por ejemplo, si el ciudadano medio del planeta viviese como vive hoy el estadounidense medio serían necesarios casi cinco planetas Tierra; GFN, 2016). Todos estos datos ayudan a comprender la realidad ecológica que hay detrás de las relaciones internacionales que a día de hoy marcan el ritmo de la geopolítica mundial. Por esta razón, centrar el foco de atención únicamente en el contexto demográfico para tratar de explicar los grandes problemas sociales y ambientales de nuestro siglo no es una estrategia del todo apropiada, pues ignora las verdaderas causas comportamentales que conducen a tal situación: un estilo de vida consumista, derrochador y de enorme impacto ambiental que, sobre todo en los países occidentales, es alimentado por un modelo económico capitalista levantado a partir de enormes injusticias y desigualdades ecológico-distributivas.

4.2. Las injusticias ecológico-distributivas del modelo de desarrollo occidental

Los datos científicos cosechados durante los últimos años avalan la teoría de que el enorme crecimiento económico ocurrido en el mundo durante las últimas décadas se ha producido a costa de la degradación ecológica de buena parte del planeta (Parrique *et al.*, 2019; Rockström *et al.*, 2009; Steffen *et al.*, 2015b). Sin embargo, como a continuación analizaremos, conviene dejar claro que en este proceso de sobreexplotación planetaria no somos todos los seres humanos igualmente responsables.

A escala global han sido los denominados *países del Norte* (países ricos de larga tradición colonial y neocolonial) los principales responsables del proceso de *cambio ambiental global* que actualmente atenaza la sostenibilidad socioecológica del planeta (Duarte *et al.*, 2009; Robin *et al.*, 2013). Cabe destacar, no obstante, que dentro de estos países han sido concretamente las grandes corporaciones y empresas multinacionales las que –amparadas normalmente por la complicidad de sus Gobiernos y por un contexto de globalización neoliberal que les resultaba favorable– mayor interés han depositado en defender el crecimiento incesante de la economía

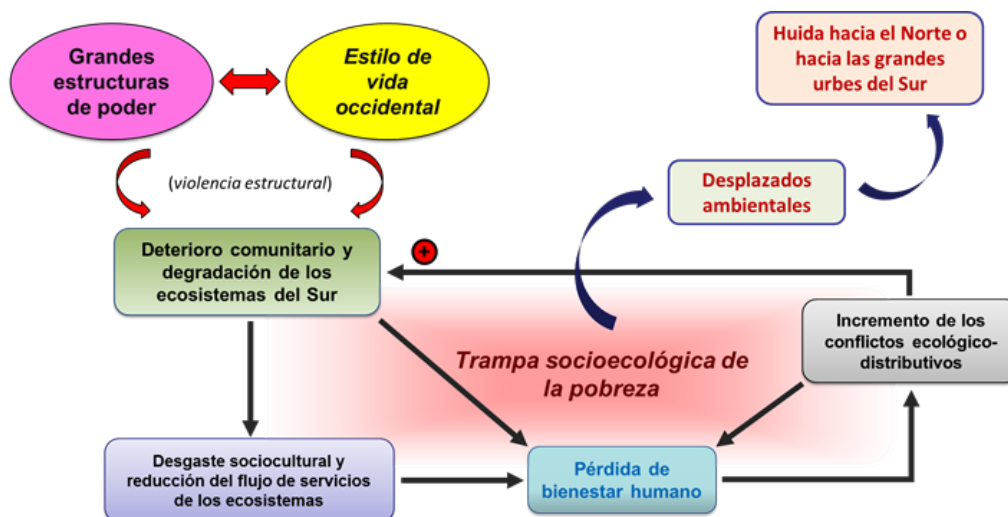
² La *biocapacidad*, o *capacidad biológica*, es la capacidad que tienen los ecosistemas para producir materiales biológicos útiles para los seres humanos, así como para absorber los materiales de desecho generados por sus actividades.

como un fin en sí mismo (así como por generalizar unos estilos de vida basados en el consumo continuo de materiales y energía).

Este complejo entramado se ha sustentado sobre toda una serie de injustas acciones transfronterizas que, a través de un comercio ecológicamente desigual, han venido trasladando materiales y energía del Sur al Norte, y residuos y contaminación del Norte al Sur (González y Montes, 2011)³. El rastro dejado por elementos clave para el capitalismo como los combustibles fósiles o los minerales son buena prueba de ello, pues son consumidos mayoritariamente por los países del Norte, a pesar de que su producción se localiza fundamentalmente en los del Sur. Este tipo de maniobras hacen que la gran riqueza ecológica que muchas naciones del Sur poseen no se traduzca totalmente en bienestar para sus propios ciudadanos sino, más bien, en una suerte de *sobrebienestar* que disfrutan, a cientos de kilómetros, las élites capitalistas de las naciones más ricas (las cuales, normalmente, viven despreocupadas de las consecuencias ambientales, económicas y sociales que dichos comportamientos tienen sobre los países de origen) (Aguado y González, 2014).

Así, el hecho de que los países ricos puedan mantener un metabolismo socioeconómico en expansión –en términos de tasas de consumo de materiales y energía– sin aumentar significativamente la explotación sobre sus propios territorios no se explica mediante una “desmaterialización” de sus economías, como algunos autores han defendido (Bernardini y Galli, 1993; Cleveland y Ruth, 1998; Jänicke *et al.*, 1989; Larson *et al.*, 1986), sino a través de un desplazamiento geográfico de las fuentes de recursos y de los sumideros de residuos hacia los países del Sur (Gómez-Baggethun y De Groot, 2007; González *et al.*, 2008; Martínez-Alier, 2008). Esta circunstancia desemboca, al final, en una pérdida de bienestar humano y en un aumento de los conflictos socioecológicos en los países del Sur que suele conducir a más sobreexplotación de los ecosistemas, retroalimentándose así un bucle *degradativo* y perverso de capital social y natural (Schreckenber y Mace, 2018) (Figura 3). En muchas ocasiones la migración hacia los países del Norte o hacia los suburbios de las grandes urbes del Sur es la única alternativa para estas personas que, atrapadas en enormes *trampas de pobreza* (González *et al.*, 2008), buscan mediante nuevos emplazamientos las oportunidades que en su lugar de origen ya no tienen, volviéndose con ello mucho más vulnerables y dependientes de las grandes estructuras de poder responsables de ocasionar tal situación.

Figura 3. Esquema ilustrativo sobre las diferentes etapas que dan lugar a las “trampas socioecológicas de la pobreza” en las sociedades del Sur



Fuente: modificado de González *et al.* (2008).

El cambio climático es una manifestación clara de toda esta injusticia, pues mientras que son los países del Norte los principales emisores de gases de efecto invernadero (mediante la quema desmedida de combustibles fósiles que proceden, la mayoría de las veces, de países del Sur), son los habitantes de los países del Sur quienes acaban sufriendo mayoritariamente las consecuencias negativas de la alteración del clima sobre sus economías y sociedades (González *et al.*, 2008; WRI, 2005). Es de este modo como el *tren de vida* del Norte global se sostiene, en realidad, sobre una inmensa deuda ecológica y social con cargo a los ecosistemas del Sur.

³ Es importante señalar que cuando aquí se habla de Norte y Sur no se hace estrictamente en un contexto geográfico (países ricos del norte vs. países pobres del sur), sino como nociones amplias a través de las cuales aproximamos a la división de riqueza y de poder existente en el mundo. Existen, por lo tanto, muchos sures dentro del Norte global así como muchos nortes y sectores de gran poder dentro del Sur global.

4.3. Redistribución y justicia socioecológica global

Urge comprender que las injusticias sociales y ecológicas de nuestro tiempo están siendo intencionadamente perpetuadas por aquellas estructuras de poder que se benefician del actual *statu quo*: básicamente las *clases capitalistas* de las naciones occidentales cuyos beneficios se basan en la explotación de ecosistemas y seres humanos a lo largo y ancho del Sur global. Así, a través de lo que Harvey (2003) llamó *acumulación por desposesión*, estos selectos grupos sociales empujan a millones de personas a malvivir dentro de trampas socioecológicas de pobreza y degradación (Figura 3) para así poder seguir disfrutando –en sus *bunkerizados* países de origen– de unos estilos de vida despilfarradores y desenfrenados que encuentran en el paradigma del crecimiento continuo su justificación y respaldo.

Si reconocemos que los recursos de los que dispone nuestro planeta son finitos y limitados, resulta fácil entender que la redistribución global de la riqueza es la única manera real de avanzar hacia la justicia; lo cual significa, a su vez, admitir que jamás será posible acabar con la pobreza en el mundo si paralelamente no se lucha de forma contundente contra la riqueza excesiva (Herrero, 2014). Aceptar esto, convenientemente ignorado hasta el día de hoy por las grandes estructuras de *poder* de las naciones del Norte, convierte el noble propósito de la justicia global en una cuestión socioecológica intrínsecamente ligada al ejercicio de la política.

Mejorar las condiciones de vida de los sectores más pobres del planeta es algo que jamás podrá lograrse mediante los diversos programas de *ayuda oficial al desarrollo* que durante las últimas décadas se han venido promoviendo desde los países del Norte. Para atajar de raíz el problema de la pobreza en el mundo será necesario que los sectores más ricos de los países occidentales reduzcan su consumo de recursos naturales en aras de un mejor reparto de la riqueza global del planeta (Marks *et al.*, 2006). Tal y como sostiene Llistar (2008), trabajar a escala global en favor de un mundo más justo y sostenible significa, forzosamente, trabajar por un *decrecimiento* en el Norte y por una reorganización total del sistema económico mundial.

5. A modo de propuesta final: vivir bien con menos en un planeta finito

En el último medio siglo los seres humanos, al amparo de un modelo económico altamente contaminante y depredador, y promovidos por satisfacer unas demandas cada vez mayores de recursos naturales, hemos transformado los sistemas naturales más rápidamente que en ningún otro periodo de nuestra historia (Steffen *et al.*, 2015b).

Los apresurados patrones de crecimiento económico y de sobreexplotación ecológica propios de nuestro tiempo, sumados al hecho de que vivimos en un planeta finito y de recursos limitados, colocan sobre la mesa una incontestable realidad termodinámica: que el crecimiento en el consumo per cápita de materiales y energía de una población en constante aumento no puede prolongarse de manera indefinida en el tiempo sin acabar colisionando contra los límites biofísicos de la Tierra (Aguado, 2017; Daly y Farley, 2011; Parrique *et al.*, 2019). Seguir desoyendo esta realidad en pleno siglo xxi podría revelarse fatídico durante los próximos años, pues tal y como han evidenciado numerosas investigaciones, el fenómeno emergente del *cambio ambiental global* que las actividades humanas han desatado podría conducirnos a un escenario de colapso ecológico y social de proporciones desconocidas (Ehrlich y Ehrlich, 2013; Motesharrei *et al.*, 2014; Rockström *et al.*, 2009; Steffen *et al.*, 2018; Turner, 2014).

Dado que nuestro mundo tiene el tamaño que tiene (es una esfera de unos 40.000 km de circunferencia que, obviamente, no crece), resulta imprescindible reconocer que las soluciones a tan descomunal desafío deberán llegar a partir de la aceptación de los límites biofísicos al crecimiento económico (Aguado, 2017). La sociedad en general, y la economía en particular, deben aceptar que no es posible mantener un crecimiento socioeconómico ilimitado e indefinido dentro de una biosfera que es finita (Parrique *et al.*, 2019). Tal y como han puesto de manifiesto diversos trabajos (Hickel y Kallis, 2020; Parrique *et al.*, 2019), el crecimiento sostenido de la economía no puede ser sostenible al no poder desacoplarse de las presiones ambientales que conlleva.

Al calor de estas evidencias, y en contraposición a lo que tradicionalmente ha sostenido la economía convencional, la *economía ecológica* considera los procesos económicos como parte integrante de la biosfera, emplatando la segunda ley de la termodinámica en el centro de sus reflexiones a través de la premisa de que tales procesos son entrópicos en todas sus etapas materiales, y que, por ello, hay que gestionarlos desde la mirada del mundo físico en el que se insertan (Georgescu-Roegen, 1971; Naredo, 2002; Riechmann, 2015).

Debemos pues rescatar la verdadera razón de ser de la economía como una herramienta enfocada al bienestar y a la prosperidad humana; una herramienta cuya organización debe estar en todo momento supeditada a la estructura y al funcionamiento de la biosfera, y no al revés. La economía, por tanto, debe estar al servicio de las personas y de los ecosistemas, y no las personas y los ecosistemas al servicio de la economía.

Sortear escenarios indeseados de colapso socioecológico se convierte así en un asunto moral de incuestionable calado cultural; un calado que sitúa el concepto de *bienestar* en el centro de todas las miradas, pues el estilo de vida que adoptemos para perseguirlo determinará, en gran medida, la sostenibilidad de nuestra especie durante los próximos decenios. Reconocer todo esto y aceptar de una vez por todas la existencia de

límites biofísicos al crecimiento será algo crucial en los años venideros para poder planificar un *decrecimiento* ordenado e inteligente que permita a nuestra civilización vivir bien en un planeta finito.

5.1. El decrecimiento: un camino hacia la sostenibilidad global

El *decrecimiento* es una reciente corriente filosófica y política centrada en la crítica hacia el modelo de crecimiento económico ilimitado que actualmente domina el imaginario de las sociedades modernas. Sus defensores (ver, por ejemplo, Latouche, 2008 o Taibo, 2009) lo contemplan como una alternativa radical y necesaria a los modos de vida que, actualmente y sobre todo en los países occidentales, centran sus aspiraciones vitales en el aumento de los ingresos y en la acumulación constante de bienes de consumo. Lo que esta corriente propone, a fin de cuentas, es un nuevo paradigma sociocultural basado en la sencillez voluntaria y en el respeto hacia los ecosistemas como vehículo a través del cual alcanzar una vida más feliz y sostenible para toda la humanidad.

La filosofía del *decrecimiento* apuesta así por la calidad frente a la cantidad; antepone el altruismo al egoísmo, la cooperación a la competencia y las relaciones humanas a las relaciones de mercado. Aboga por el pequeño comerciante y por el artesano frente a las grandes empresas; defiende el comercio justo y la agricultura ecológica frente a las potentes industrias agroalimentarias; no ve con buenos ojos la privatización de los servicios públicos; respalda alargar la vida útil de los objetos fomentando los recambios y el reciclaje; es partidario de evitar al máximo el consumo innecesario de artefactos banales; es sensible a la existencia de límites biofísicos al crecimiento y se muestra partidario de la justa redistribución de los recursos naturales del planeta (Schneider *et al.*, 2010; Taibo, 2009). Adicionalmente, dentro del imaginario del *decrecimiento* se suelen incluir propuestas como la renta básica, la reducción de las horas de trabajo, los impuestos ambientales, el control publicitario, la profundización democrática, la desurbanización, los intercambios no mercantilizados y el empleo de indicadores alternativos al PIB para evaluar el bienestar humano de un modo sostenible (Aguado, 2020; Kallis, 2011; Mosangini, 2007; Schneider *et al.*, 2010).

Este nuevo paradigma propone así una ruptura radical con el proceso de colonización subjetiva mediante el cual el capitalismo ha conquistado nuestras conciencias; y que explica cómo, pese a la limitada relación existente entre el bienestar y el crecimiento económico, la mayoría de la sociedad —y no solo las grandes corporaciones o las clases capitalistas— sigue atada a la sinrazón de una cultura que antepone el crecimiento y el consumo a la salud de las personas y de la biosfera. El *decrecimiento* se basa, en resumen, en una nueva filosofía de vida orientada a dejar atrás la perversa lógica del capitalismo, poniendo el foco de atención en el bienestar humano, en la justicia social y en la sostenibilidad ecológica (Schneider *et al.*, 2010).

Recientemente algunos autores han visto en la noción del *decrecimiento* el marco cognitivo ideal a partir del cual construir nuevos relatos contrahegemónicos frente al aparente debilitamiento de los paradigmas disruptivos con el capitalismo. Es así como surge la interesante idea del *decrecimiento sostenible* (Martínez-Alier, 2010): un proyecto político alternativo al del desarrollo sostenible (Gisbert, 2007) que aspira a lograr una reducción equitativa de la producción y del consumo global que revierta en mejoras para el bienestar humano y para la integridad ecológica de la biosfera (Kallis, 2011; Schneider *et al.*, 2010).

Aceptando que, más tarde o más temprano, el *decrecimiento* del modelo civilizatorio actual será algo inevitable (Bardi, 2014; Parrique *et al.*, 2019), una estrategia razonable sería sin duda tratar de controlar dicho proceso de una forma suave y voluntaria antes que dejar que tal acontecimiento se produzca de un modo súbito y violento (Kallis, 2011; Schneider *et al.*, 2010). Ante la polivalente crisis que actualmente vive el capitalismo, probablemente haya llegado el momento de repensar la economía y reorganizar nuestra civilización sobre la base de otro tipo de valores que demanden el triunfo de la vida social, del altruismo y de la redistribución de los recursos naturales frente al dañino axioma del consumismo ilimitado como engañosa fuente de felicidad (Taibo, 2009).

Ha llegado el momento de aceptar el reto de construir una vida buena para todos los seres humanos que pueda desarrollarse sin sobrepasar los márgenes de seguridad de nuestro planeta. Y, para ello, deberemos ser capaces de repensar nuestro modelo económico, adaptando su finalidad y su funcionamiento a los límites ecológicos de la Tierra.

6. Bibliografía

- Aaker, J., M. Rudd, M. y C. Mogilner (2011): “If money doesn’t make you happy, consider time”, *Journal of Consumer Psychology*, 21, pp. 126-130. DOI: 10.2139/ssrn.1706968
- Aguado, M. (2015): “El rostro socio-ambiental de la violencia estructural del capitalismo”, *Iberoamérica Social*, 5, pp. 18-20.
- Aguado, M. (2017): “Llamando a las puertas del Antropoceno”, *Iberoamérica Social: Revista-red de estudios sociales*, VII, pp. 41-59.
- Aguado, M. (2020): “Evaluar el bienestar humano dentro de los límites ecológicos del planeta”, *AE, Revista Agroecológica de Divulgación*, 42, pp. 12-13.
- Aguado M., D. Calvo, C. Dessal, J. Riechmann, J. A. González y C. Montes (2012): “La necesidad de repensar el bienestar humano en un mundo cambiante”, *Papeles de Relaciones Ecosociales y Cambio Global*, 119, pp. 49-76.

- Aguado, M. y J. A. González (2014): “Raíces socio-ecológicas del fracaso de la cooperación Norte-Sur”, en J. Riechmann, A. Matarán y O. Carpintero, eds., *Los inciertos pasos desde aquí hasta allá: alternativas socioecológicas y transiciones postcapitalistas* (pp. 201-222), Granada, Universidad de Granada.
- Aguado, M. y J. Riechmann. (2013): “Necesidades humanas y sostenibilidad socio-ecológica: dos caras de una misma moneda”, *Rebelión*, Disponible en: <https://rebelion.org/necesidades-humanas-y-sostenibilidad-socioecologica-dos-caras-de-una-misma-moneda/> [Consulta: 18 de enero de 2021].
- Alesina, A., R. Di Tella y R. MacCulloch (2004): “Inequality and happiness: are Europeans and Americans different?”, *Journal of Public Economics*, 88(9), pp. 2009-2042. DOI: 10.1016/j.jpube.2003.07.006
- Alpizar, F., F. Carlsson y O. Johansson-Stenman (2005): “How much do we care about absolute versus relative income and consumption?”, *Journal of Economic Behavior y Organization*, 56(3), pp. 405-421. DOI:10.1016/j.jebo.2002.10.007
- Anderson, S. (2008): *Top 200: the rise of corporate global power*, DIANE Publishing.
- Arnal, J. T., O. V. Crespo y A. R. García-Brazales (2008): “La paradoja de Easterlin en España”, *Cuadernos de Economía*, 31(85), pp. 31-63. DOI: 10.1016/S0210-0266(08)70019-0
- Bäckstrand, G. y L. Ingelstam (2006): “Enough! Global challenges and responsible lifestyles”, *Development Dialogue*, 47, pp. 97-147.
- Ball, R. y K. Chernova (2008): “Absolute income, relative income, and happiness”, *Social Indicators Research*, 88(3), pp. 497-529. DOI: 10.1007/s11205-007-9217-0
- Bardi, U. (2014): *Los límites del crecimiento retomados*, Los Libros de la Catarata.
- Barnosky, A. D., E. A. Hadly, J. Bascompte, E. L. Berlow, J. H. Brown, M. Fortelius N. D. Martínez *et al.* (2012): “Approaching a state shift in Earth’s biosphere”, *Nature*, 486(7401), pp. 52-58.
- Berg, M., y R. Veenhoven (2010): “Income inequality and happiness in 119 nations”, en B. Greve, ed., *Social policy and happiness in Europe* (pp. 174-194), Cheltenham, England, Edgar Elgar.
- Bernardini, O. y R. Galli (1993): “Dematerialization: long-term trends in the intensity of use of materials and energy”, *Futures*, 25(4), pp. 431-448.
- Blanchflower, D. G. y A. J. Oswald (2003): *Does inequality reduce happiness? Evidence from the States of the USA from the 1970s to the 1990s*, Manuscript, University of Warwick.
- Bratman, G. N., C. B. Anderson, M. G. Berman, B. Cochran, S. De Vries, J. Flanders, P. H. Kahn *et al.* (2019): “Nature and mental health: An ecosystem service perspective”, *Science advances*, 5(7), eaax0903. DOI: 10.1126/sciadv.aax0903
- Brickman, P. y D. T. Campbell (1971): “Hedonic relativism and planning the good society”, *Adaptation-level theory*, pp. 287-305.
- Brockmann, H., J. Delhey, C. Welzel y H. Yuan (2009): “The China puzzle: Falling happiness in a rising economy”, *Journal of Happiness Studies*, 10(4), pp. 387-405. DOI: 10.1007/s10902-008-9095-4
- Carlisle, S., G. Henderson y P. W. Hanlon (2009): “‘Wellbeing’: A collateral casualty of modernity?”, *Social Science y Medicine*, 69(10), pp. 1556-1560.
- Cingano, F. (2014): *Trends in Income Inequality and its Impact on Economic Growth*, OECD Social, Employment and Migration Working Papers, 163.
- Cleveland, C. J. y M. Ruth (1998): “Indicators of dematerialization and the materials intensity of use”, *Journal of industrial ecology*, 2(3), pp. 15-50.
- Coburn, D. (2000): “Income inequality, social cohesion and the health status of populations: the role of neo-liberalism”, *Social Science y Medicine*, 51(1), pp. 135-146. DOI:10.1016/s0277-9536(99)00445-1
- Coburn, D. (2004): “Beyond the income inequality hypothesis: class, neo-liberalism, and health inequalities”, *Social science y medicine*, 58(1), pp. 41-56. DOI: 10.1016/S0277-9536(03)00159-X
- Costanza, R., M. Hart, S. Posner y J. Talberth (2009): “Beyond GDP: The need for new measures of progress”, *Pardee Papers*, 4.
- Cummins, R. A. (2006): *Fifth Anniversary Special Report: Summarising the Major Findings*, Deakin University.
- Cummins, R. A. y R. Mead (2008): *What makes us happy?*, Australian Unity, Deakin University.
- D’Ambrosio, C. y J. R. Frick (2007): “Income satisfaction and relative deprivation: An empirical link”, *Social Indicators Research*, 81(3), pp. 497-519. DOI: 10.1007/s11205-006-0020-0
- Daly, H. E. y J. B. Cobb (1989): *For the common good: Redirecting the economy toward community, the environment, and a sustainable future*, Beacon Press.
- Daly, H. E. y J. Farley (2011): *Ecological economics: principles and applications*, Island Press.
- Di Tella, R. y R. MacCulloch (2010): “Happiness Adaptation to Income Beyond Basic Needs”, en E. Diener, J. Helliwell y D. Kahneman, eds., *International Differences in Well-Being*, New York, Oxford University Press.
- Díaz, S., J. Settele, E. Brondízio, H. Ngo, M. Guèze, J. Agard, A. Arneeth, P. Balvanera, K. Brauman, S. Butchart, K. Chan, L. Garibaldi, K. Ichii, J. Liu, S. Subrmanian, G. Midgley, P. Miloslavich, Z. Molnár, D. Obura, A. Pfaff, S. Polasky, A. Purvis, J. Razzaque, B. Reyers R. Chowdbury, Y. Shin, I. VisserenGamakers, K. Bilis, y C. Zayas (2019): *Summary for policymakers of the global assessment report on biodiversity and ecosystem services of the Intergovernmental Science-Policy Platform on Biodiversity and Ecosystem Services*. Disponible en: https://www.ipbes.net/sites/default/files/downloads/spm_unedited_advance_for_posting_htn.pdf
- Diener, E. y R. Biswas-Diener (2002): “Will money increase subjective well-being?”, *Social indicators research*, 57(2), pp. 119-169. DOI: 10.1023/A:1014411319119
- Diener, E. y S. Oishi (2000): “Money and happiness: Income and subjective well-being across nations”, en E. Diener y E. M. Suh, eds., *Culture and subjective well-being*, pp. 185-218, Cambridge, The MIT Press.
- Diener, E. y M. E. Seligman (2004): “Beyond money toward an economy of well-being”, *Psychological science in the public interest*, 5(1), pp. 1-31. DOI: 10.1007/978-90-481-2350-6_9
- Diener, E., L. Tay y S. Oishi (2013): “Rising income and the subjective well-being of nations”, *Journal of Personality and Social Psychology*, 104(2), pp. 267. DOI: 10.1037/a0030487
- Duarte, C. M., S. Alonso, G. Benito, J. Dachs, C. Montes, M. Pardo, A. F. Rios, R. Simó y F. Valladares (2009): *Cambio Global: Impacto de la Actividad Humana sobre el Sistema Tierra*, Colección Divulgación, CSIC.

- Easterlin, R. A. (1974): "Does economic growth improve the human lot? Some empirical evidence", en P. A. David y M. W. Reder, eds., *Nations and households in economic growth*, pp. 89–125, New York, Academic Press.
- Easterlin, R. A. (1995): "Will raising the incomes of all increase the happiness of all?", *Journal of Economic Behavior y Organization*, 27(1), pp. 35-47. DOI: 10.1016/0167-2681(95)00003-B
- Easterlin, R. A. (2015): *Happiness and Economic Growth—The Evidence*, Springer, Netherlands.
- Easterlin, R. A., L. A. McVey, M. Switek, O. Sawangfa y J. S. Zweig (2010): "The happiness–income paradox revisited", *Proceedings of the National Academy of Sciences*, 107(52), pp. 22463-22468, DOI: 10.1073/pnas.1015962107
- Easterly, W. (2002): "Inequality does cause underdevelopment: New evidence", *Center for Global Development working paper*, 1, DOI: 10.2139/ssrn.876615
- Eckersley, R. (2004): *Well and good: Morality, meaning and happiness*, Text Publishing Company.
- Ehrlich, P. R. y A. H. Ehrlich (2013): "Can a collapse of global civilization be avoided?", *Proceedings of the Royal Society of London B: Biological Sciences*, 280(1754), 20122845, DOI: 10.1098/rspb.2012.2845
- Epicuro (1974): *Ética*, Barral.
- Fahey, T. y E. Smyth (2004): "The link between subjective well-being and objective conditions in European societies", *European values studies: European values at the turn of the millennium*, 7, pp. 57-80.
- Ferrer-i-Carbonell, A. y X. Ramos (2014): "Inequality and happiness", *Journal of Economic Surveys*, 28(5), pp. 1016-1027.
- Fields, G. S. y G. Yoo (2000): "Falling labor income inequality in Korea's economic growth: Patterns and underlying causes", *Review of Income and Wealth*, 46(2), pp. 139-159.
- Frank, R. H. y C. R. Sunstein (2001): "Cost-benefit analysis and relative position", *The University of Chicago Law Review*, 68, pp. 323-374, DOI: 10.2307/1600376
- Galtung, J. (1969): "Violence, peace, and peace research", *Journal of peace research*, 6(3), pp. 167-191, DOI: 10.1177/002234336900600301
- Gardner, G. y E. Assadourian. (2004): "Rethinking the good life", *State of the World*, pp. 164-180.
- Georgescu-Roegen, N. (1971): *The entropy law and the economic process*, Harvard University Press, London.
- GFN (Global Footprint Network) (2016): *The National Footprint Accounts, 2016 Edition*, Global Footprint Network.
- Gisbert, P. (2007): "Decrecimiento: camino hacia la sostenibilidad", *El ecologista*, 55.
- Gleeson, B. (2012). "Critical commentary. The urban age paradox and prospect", *Urban Stud.* 49 (5), pp. 931–943.
- Gómez-Baggethun, E. y R. de Groot (2007): "Capital natural y funciones de los ecosistemas: explorando las bases ecológicas de la economía", *Revista Ecosistemas*, 16(3).
- González Faus, J. I. (2010): "Nada con puntillas: fraternidad en cueros. La lucha por la justicia en una cultura nihilista", *Cuadernos de Cristianismo i Justicia*, 166.
- González, J. A. y C. Montes (2011): "Cooperación para el desarrollo en tiempos de cambio global: cuando seguir haciendo lo mismo ya no es una opción", en J. A. González y I. Santos, eds., *Cuatro grandes retos, una solución global: Biodiversidad, cambio climático, desertificación y lucha contra la pobreza*, pp. 8-25, Madrid, Fundación IPADE.
- González, J. A., C. Montes e I. Santos (2008): "Capital natural y desarrollo: por una base ecológica en el análisis de las relaciones Norte-Sur", *Papeles de relaciones ecosociales y cambio global*, 100, pp. 63-77.
- Graham, C. (2011): "Does more money make you happier? Why so much debate?", *Applied Research in Quality of Life*, 6(3), pp. 219-239, DOI: 10.1007/s11482-011-9152-8
- Graham, C., K. Laffan y S. Pinto (2019): "Well-being in metrics and policy", *Science*, 362 (6412), pp. 287-288, DOI: 10.1126/science.aau5234
- Graham, C. y S. Pettinato (2002): *Happiness and hardship: Opportunity and insecurity in new market economies*, The Brookings Institution.
- Grimm, N. B., S. H. Faeth, N. E. Golubiewski, C. L. Redman, J. Wu, X. Bai y J.M. Briggs (2008). "Global change and the ecology of cities", *Science* 319 (5864), pp. 756–760.
- Hagerty, M. R. (2000): "Social comparisons of income in one's community: evidence from national surveys of income and happiness", *Journal of personality and social psychology*, 78(4), pp. 764, DOI: 10.1037/0022-3514.78.4.764
- Hagerty, M. R. y R. Veenhoven (2003): "Wealth and happiness revisited—growing national income does go with greater happiness", *Social indicators research*, 64(1), pp. 1-27, DOI: 10.1023/A:1024790530822
- Hardoon, D., S. Ayele y R. Fuentes-Nieva (2016): *An economy for the 1%*, Oxfam Internacional.
- Harvey, D. (2003): *The new imperialism*, Oxford University Press.
- Helliwell, J. F., R. Layard y J. Sachs (2015): *World Happiness Report 2015*, Sustainable Development Solutions Network.
- Herrero, Y. (2014): "Vivir y trabajar en un mundo justo y sostenible", *El Ecologista*, 80, pp. 21-23.
- Hickel, J., y G. Kallis (2020). "Is green growth possible?", *New Political Economy*, 25(4), pp. 469-486.
- Inglehart, R. (1997): *Modernization and postmodernization: Cultural, economic and political change in 43 societies*, Princeton University Press.
- Inglehart, R. y H. D. Klingemann (2000): "Genes, culture, democracy, and happiness", en E. Diener y E.M. Suh, eds., *Subjective Well-being across Cultures*, pp.165-183, Cambridge, MIT Press.
- Jackson, T., W. Jager y S. Stagl (2004): *Beyond insatiability: needs theory, consumption and sustainability*, ESRC Sustainable Technologies Programme Working Paper Series, 2.
- Jänicke, M., H. Mönch, T. Ranneberg y U. E. Simonis (1989): "Structural change and environmental impact: empirical evidence on thirty-one countries in East and West", *Environmental Monitoring and Assessment*, 12(2), pp. 99-114.
- Jungeilges, J. y G. Kirchgässner (2002): "Economic welfare, civil liberty, and suicide: an empirical investigation", *The Journal of Socio-Economics*, 31(3), pp. 215-231, DOI: 10.1016/S1053-5357(02)00116-6
- Kallis, G. (2011): "In defence of degrowth", *Ecological Economics*, 70(5), pp. 873-880, DOI: 10.1016/j.ecolecon.2010.12.007
- Kasser, T. y R. M. Ryan (1993): "A dark side of the American dream: correlates of financial success as a central life aspiration", *Journal of personality and social psychology*, 65(2), pp. 410, DOI:10.1037/0022-3514.65.2.410

- Kasser, T. y R. M. Ryan (1996): "Further examining the American dream: Differential correlates of intrinsic and extrinsic goals", *Personality and Social Psychology Bulletin*, 22(3), pp. 280-287, DOI: 10.1177/0146167296223006
- Kasser, T. y R. M. Ryan (2001): "Be careful what you wish for: Optimal functioning and the relative attainment of intrinsic and extrinsic goals", en P. Schmuck y K. M. Sheldon, eds., *Life goals and well-being: Towards a positive psychology of human striving*, pp. 116-131, Goettingen, Pabst Science Publishers.
- Kasser, T., R. M. Ryan, C. E. Couchman y K. M. Sheldon (2004): "Materialistic values: Their causes and consequences", en T. Kasser y A. D. Kanner, eds., *Psychology and consumer culture: The struggle for a good life in a materialistic world*, pp. 11-28, Washington, DC, American Psychological Association.
- Knabe, A., S. Rätzl, R. Schöb y J. Weimann (2010): "Dissatisfied with Life but Having a Good Day: Time-use and Well-being of the Unemployed", *The Economic Journal*, 120(547), pp. 867-889, DOI: 10.1111/j.1468-0297.2009.02347.x
- La Parra, D. y J. M. Tortosa (2003): "Violencia estructural: una ilustración del concepto", *Documentación social*, 131, pp. 57-72.
- Larson, E. D., M. H. Ross y R. H. Williams (1986): "Beyond the era of materials", *Scientific American*, 254, pp. 34-41.
- Latouche, S. (2008): *La apuesta por el decrecimiento: ¿cómo salir del imaginario dominante?*, Icaria.
- Layard, R. (2005): *Happiness: Lessons from a new science*, Penguin, London.
- Linz, M., J. Riechmann y J. Sempere. (2007): *Vivir (bien) con menos. Sobre suficiencia y sostenibilidad*, Icaria.
- Llistar, D. (2008): "Decrecimiento y anticooperación. ¿Ayudar al Sur decreciendo?", *Ecología Política*, 35, pp. 17-18.
- Luttmer, E. F. (2005): "Neighbors as Negatives: Relative Earnings and Well-Being", *Quarterly journal of economics*, 3, pp. 963-1002, DOI: 10.1162/003355305774268255
- Marks, N., S. Abdallah, A. Simms y S. Thompson (2006): *The happy planet index*, New Economics Foundation, London.
- Martínez-Alier, J. (2008): "Conflictos ecológicos y justicia ambiental", *Papeles de relaciones ecosociales y cambio global*, 103, pp. 11-27.
- Martínez-Alier, J., U. Pascual, F. D. Vivien y E. Zaccai (2010): "Sustainable de-growth: Mapping the context, criticisms and future prospects of an emergent paradigm", *Ecological Economics*, 69(9), pp. 1741-1747, DOI: 10.1016/j.ecolecon.2010.04.017
- Menec, V. H. (2003): "The relation between everyday activities and successful aging: A 6-year longitudinal study", *Journals of Gerontology*, 58B, S74-S82, DOI: 10.1093/geronb/58.2.S74
- Mosangini, G. (2007): "Decrecimiento y cooperación internacional", *Rebelión*. Disponible en: <http://www.rebelion.org/noticia.php?id=56547> [Consulta: 6 de enero de 2016].
- Motesharrei, S., J. Rivas y E. Kalnay (2014): "Human and Nature Dynamics (HANDY): Modeling inequality and use of resources in the collapse or sustainability of societies", *Ecological Economics*, 101, pp. 90-102.
- MUL (Manifiesto Última Llamada) (2014): <https://ultimallamadamanifiesto.wordpress.com/el-manifiesto/>
- Myers, D. G. (2012): *Exploring Psychology*, Worth Publishers.
- Naredo, J. M. (2002): "Economía y sostenibilidad: la economía ecológica en perspectiva", *Polis. Revista Latinoamericana*, (2).
- Navarro, V. (2007): "Neoliberalism as a class ideology; or, the political causes of the growth of inequalities", *International Journal of Health Services*, 37(1), pp. 47-62, DOI: 10.2190/AP65-X154-4513-R520
- Navarro, V. y L. Shi (2001): "The political context of social inequalities and health", *Social science y medicine*, 52(3), pp. 481-491, DOI: 10.1016/S0277-9536(00)00197-0
- Nickerson, C., N. Schwarz, E. Diener y D. Kahneman (2003): "Zeroing in on the dark side of the American dream a closer look at the negative consequences of the goal for financial success", *Psychological Science*, 14(6), pp. 531-536, DOI: 10.1046/j.0956-7976.2003.psci_1461.x
- Nisbet, E. K., J. M. Zelenski y S. A. Murphy (2011): "Happiness is in our nature: Exploring nature relatedness as a contributor to subjective well-being", *Journal of Happiness Studies*, 12(2), pp. 303-322, DOI: 10.1007/s10902-010-9197-7
- Novo, M. (2003): "El desarrollo sostenible: sus implicaciones en los procesos de cambio", *Polis. Revista Latinoamericana*, 5.
- OCDE (Organización para la Cooperación y Desarrollo Económicos) (2014): *Focus on Inequality and Growth*. Disponible en: <http://www.oecd.org/social/Focus-Inequality-and-Growth-2014.pdf> [6 de enero de 2016].
- Oishi, S., S. Kesebir y E. Diener (2011): "Income inequality and happiness", *Psychological science*, 22(9), pp. 1095-1100, DOI: 10.1177/0956797611417262
- Parrique T., J. Barth, F. Briens, C. Kerschner, A. Kraus-Polk, A. Kuokkanen y J. H. Spangenberg (2019): *Decoupling debunked: Evidence and arguments against green growth*, European Environmental Bureau.
- Pfaff, T. y J. Hirata (2011): *Can Germans hope that economic growth will make them happier one day. An analysis of the Easterlin Hypothesis using German panel data*, University of Muenster.
- Piketty, T. (2014): *El capital en el siglo XXI*, Fondo de Cultura Económica.
- Quoidbach, J., E.W. Dunn, K. V. Petrides y M. Mikolajczak (2010): "Money giveth, money taketh away: the dual effect of wealth on happiness", *Psychological Science*, 21, pp. 759-763, DOI: 10.1177/0956797610371963
- Riechmann, J. (2008): *¿En qué estamos fallando?: cambio social para ecologizar el mundo*, Icaria.
- Riechmann, J. (2011): *¿Cómo vivir? Acerca de la vida buena*, Los Libros de la Catarata.
- Riechmann, J. (2015): "Un poquito de física, un poquito de matemáticas, un poquito de economía política", *Idearia, XII Encuentro de Economía Alternativa y Solidaria*, Córdoba.
- Roberts, L., A. Brower, G. Kerr, S. Lambert, W. McWilliam, K. Moore, J. Quinn, D. Simmons, S. Thrush, M. Townsend, P. Blaschke, R. Costanza, R. Cullen, K. Hughey y S. Wratten (2015): *The nature of wellbeing: how nature's ecosystem services contribute to the wellbeing of New Zealand and New Zealanders*, Department of Conservation, Wellington.
- Robin, L., S. Sorlin y P. Warde (2013): *The future of nature: documents of global change*, Yale University Press.
- Rockström, J., W. Steffen, K. Noone, A. Persson, F. S. Chapin, E. Lambin, T. M. Lenton, M. Scheffer, C. Folke, J. Foley et al. (2009): "Planetary boundaries: exploring the safe operating space for humanity", *Ecology and Society*, 14(2), 32, DOI: 10.5751/ES-03180-140232
- Rözer, J. y G. Kraaykamp (2013): "Income inequality and subjective well-being: A cross-national study on the conditional effects of individual and national characteristics", *Social indicators research*, 113(3), pp. 1009-1023, DOI: 10.1007/s11205-012-0124-7

- Sacks, D. W., B. Stevenson y J. Wolfers (2010): *Subjective well-being, income, economic development and growth*, Paper Presented to the Annual Bank Conference on Development Economics, Stockholm, Sweden.
- Sacks, D. W., B. Stevenson y J. Wolfers (2012): "The new stylized facts about income and subjective well-being", *Emotion*, 12(6), 1181, DOI: 10.1037/a0029873
- Sacks, D. W., Stevenson, B. y J. Wolfers (2013): *Growth in income and subjective well-being over time*, mimeo, University of Michigan.
- Sánchez, J. E. (2008): "El poder de las grandes empresas multinacionales", *Scripta Nova: Revista electrónica de geografía y ciencias sociales*, 12 (4).
- Sandifer, P. A., A. E. Sutton-Grier y B. P. Ward (2015): "Exploring connections among nature, biodiversity, ecosystem services, and human health and well-being: Opportunities to enhance health and biodiversity conservation", *Ecosystem Services*, 12, pp.1-15, DOI: 10.1016/j.ecoser.2014.12.007
- Schilling, O. y H.W. Wahl (2002): "Family networks and life-satisfaction of older adults in rural and urban regions", *Kolner Zeitschrift für Soziologie und Sozialpsychologie*, 54, pp. 304-317.
- Schneider, F., G. Kallis y J. Martínez-Alier (2010): "Crisis or opportunity? Economic degrowth for social equity and ecological sustainability. Introduction to this special issue", *Journal of cleaner production*, 18(6), pp. 511-518, DOI: 10.1016/j.jclepro.2010.01.014
- Schreckenberg, K. y G. Mace (2018): *Ecosystem Services and Poverty Alleviation: Trade-offs and Governance*, Routledge, DOI: 10.4324/9780429507090
- Seery, E. y A. Arendar (2014): *Even it up: Time to end extreme inequality*, Oxfam International.
- Sempere, J. (2009): *Mejor con menos. Necesidades, explosión consumista y crisis ecológica*, Crítica.
- Steffen, W., K. Richardson, J. Rockström, S. E. Cornell, I. Fetzer, E. M. Bennett, C. Folke *et al.* (2015a): "Planetary boundaries: Guiding human development on a changing planet", *Science*, 347(6223), 1259855, DOI: 10.1126/science.1259855
- Steffen, W., W. Broadgate, L. Deutsch, O. Gaffney y C. Ludwig (2015b): "The trajectory of the Anthropocene: The Great Acceleration", *The Anthropocene Review*, 2(1), pp. 81-98, DOI: 10.1177/2053019614564785
- Steffen, W., J. Rockström, K. Richardson, T. M. Lenton, C. Folke, D. Liverman, J. F. Donges *et al.* (2018): "Trajectories of the Earth System in the Anthropocene", *Proceedings of the National Academy of Sciences*, 115(33), pp. 8252-8259, DOI: 10.1073/pnas.1810141115
- Stevenson, B. y J. Wolfers (2008): "Economic Growth and Subjective Well-Being: Reassessing the Easterlin Paradox", *Brookings Papers on Economic Activity*, pp. 1-87, DOI: 10.1111/j.0042-7092.2007.00700.x
- Stevenson, B. y J. Wolfers (2013): "Subjective well-being and income: Is there any evidence of satiation?", *American Economic Review*, 103 (3), pp. 598-604, DOI: 10.3386/w18992
- Taibo, C. (2009): *En defensa del decrecimiento: sobre capitalismo, crisis y barbarie*, Los libros de la Catarata.
- Tay, L. y E. Diener (2011): "Needs and subjective well-being around the world", *Journal of personality and social psychology*, 101(2), 354, DOI: 10.1037/a0023779
- Turner, G. (2014): "Is Global Collapse Imminent?", *MSSI Research Paper*, 4.
- Veenhoven, R. y F. Vergunst (2014): "The Easterlin illusion: economic growth does go with greater happiness", *International Journal of Happiness and Development*, 1(4), pp. 311-343, DOI: 10.1504/IJHD.2014.066115
- Walker, I. y T. F. Pettigrew (1984): "Relative deprivation theory: An overview and conceptual critique", *British Journal of Social Psychology*, 23(4), pp. 301-310, DOI: 10.1111/j.2044-8309.1984.tb00645.x
- Wilkinson, R., K. E. Pickett y R. De Vogli (2014): "A convenient truth", *British Medical Journal*.
- WRI (World Resources Institute) (2005): *World Resources, 2005: The Wealth of the Poor: Managing Ecosystems to Fight Poverty*, World Resources Institute.
- Zalasiewicz, J., C. N. Waters, J. A. I. do Sul, P. L. Corcoran, A. D. Barnosky, A. Cearreta, J. R. McNeill *et al.* (2016): "The geological cycle of plastics and their use as a stratigraphic indicator of the Anthropocene", *Anthropocene*, 13, pp. 4-17, DOI: 10.1016/j.ancene.2016.01.002